

## capítulo



Carlos se inclinó para besarla dulcemente en la mejilla. Aquella mañana un sentimiento de intranquilidad recorría el cuerpo de Carmen. Se incorporó para abrazarlo. Necesitaba apoyar la cabeza en aquel pecho que le trasmitía seguridad, oír de nuevo los latidos de su corazón; la música firme y acompasada del melodioso tic-tac le aportaba fuerza para enfrentarse al nuevo día que acababa de despuntar y lograba ahuyentar sus miedos, aunque sólo fuera por ese instante. Con lágrimas en los ojos, presionó el cuerpo de Carlos contra el suyo intentando fundirlos en uno, procurando impedir el dolor y el frío de la separación. Carlos, al sentir su emoción, giró la cabeza para dejar a su vista la mancha de color vino que tenía en el cuello, era el orgullo de su familia, el sello de su identidad. A Carmen le gustaba jugar con ella, siempre la buscaba para encajar su cara, que con movimientos juguetones se revolvía hasta que lograba posar sus labios en la mancha. Le gustaba sentir el contacto de aquella textura diferente dónde

decía que encontraba una conexión con la intimidad de Carlos, con sus raíces.

-¡Cariño! ¿Por qué no descansas hoy y te quedas un poco más en la cama? Ayer tenías las piernas muy hinchadas. Yo prepararé el desayuno.

-No. Quiero estar contigo hasta que te vayas, luego volveré a acostarme.

La soledad del cuarto le asustaba, sabía que sus temores volverían. Por ello, cuando Carlos se marchó, continuó cosiendo la cortina que estaba haciendo para la habitación de su bebé. Se acercaba el sexto mes de su embarazo y cada vez tenía más molestias. Intentaba retrasar un dolor, inevitable, a su marido. Poco a poco, iría desvelándole, lo más suavemente posible, lo que ella hacía tiempo sabía. El niño venía mal, tenía malformaciones. Le aseguraron que no viviría. Los especialistas le aconsejaron abortar; su vida corría peligro y sabía que también esa hubiera sido la decisión de Carlos. Por eso se lo ocultó. Si le ocurría algo a ella, él no podría reprochárselo por lo que desde el primer momento decidió rendir ese homenaje a su pequeño y acogerlo en su seno hasta que la muerte se lo arrebatara. Y también había decidido evitarle a Carlos el sufrimiento que conlleva convivir con la muerte. Saber que cada hora acorta la vida del que nunca nacerá. Esa angustia sería sólo para ella e intentaría ir preparándole, pero esperaría a que el final estuviera más próximo.

Llegó el sábado. Carmen madrugó para limpiar la casa y preparar la comida. Cada vez le costaba más. Ya no sólo era limpiar la bañera lo que le ocasionaba problemas, ahora era casi todo. Estaba mareada y sentía un gran vacío —una gran angustia— en la boca del estómago.

Aquella mañana se acostó, se levantó, se derrumbó, lloró... fue la llamada de su amiga Teresa, la que le empujó a vestirse y salir a su encuentro. La había conocido hacía unos meses y era la única persona que compartía su secreto y la única que le aconsejó ocultarlo para evitar dolor. Aquel día también le volvió a dar fuerzas y regresó renovada a casa. Cuando sonó el timbre de la puerta, todo estaba preparado.

-¿Qué tal te encuentras? —preguntó Rosario al verla tan demacrada, mientras la besaba.

- Bien, “abuelita” —contestó Carmen, dirigiéndose a la cocina.

-¿Y para mí no hay beso? —refunfuñó José alegremente.

-¡Ahí va! Perdóneme usted, no le había visto —le dijo Carmen a la vez que estirando las terminaciones del delantal le hacía una simpática reverencia que acabó en un abrazo.

José, tras saludar efusivamente a su nuera, por la que sentía pasión, se fue como siempre a la terraza, donde tenía plantados unos tomates y algunas flores.

A Rosario no le gustó nada el aspecto de Carmen, detrás de aquella broma no estaba la joven de antes. Estaba pálida, muy pálida. La alegría que le caracterizaba y los destellos de sus ojos habían desaparecido y la máscara de la tristeza se había apoderado de su jovial expresión. Rosario no sabía cómo abordar el tema pero un sexto sentido le hacía intuir que aquello no iba bien. La estaba mirando fijamente, observándola, cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo y un sudor frío le hizo tener un mal presagio.

-Carmen -comenzó Rosario-, veo que, como siempre, tienes todo perfectamente. Trabajas mucho y en el estado en que te encuentras debes cuidarte más, tienes que descansar. Sabes que me encantaría venir a ayudarte, que algún día dejaras todo sin hacer y me dijeras: “abuelita” -era el nombre cariñoso que Carmen le dio desde el día que supo que estaba embarazada-, limpia la casa, pon la lavadora, friega.... ¡Uf! no sé si lo verán mis ojos.

-Sí, abuelita, creo que lo verán muy pronto. No me encuentro bien. Las fuerzas me están abandonando por momentos. Tengo fiebre y presiento que algo no va bien.

-No digas eso. Ya verás como no será nada -le dijo Rosario, pasándole la mano por los hombros-, tu bebé tiene ya seis meses y puede que necesites alguna vitamina o hierro o... bueno, no entiendo de medicina. Si te parece, para que te quedes más tranquila, podíamos ir esta tarde al médico. ¡Déjame hacer algo por ti!

-De acuerdo -asintió Carmen-. Diremos que vamos de compras, no quiero preocupar a Carlos.

En ese momento se abrió la puerta de la terraza y apareció la figura de José. Las dos estaban mirándole cuando se percataron de que su cara estaba llena de barro, salvo unos agujeros por donde asomaban los ojillos y la boca. Las dos mujeres soltaron una carcajada a la que enseguida se sumó la de José, que intentaba explicarles cómo había resbalado y se había dado de bruces con la jardinera.

Carlos, en ese instante, entraba por la puerta pero ninguno podía saludarle; Rosario y Carmen, en el sofá, y José, apoyado en el marco de la puerta de la terraza, se desternillaban de risa sin poder controlarse. Era una situación tan divertida que, cuando José levantó la cara en un ademán de coger aire, hizo que Carlos se contagiara, aumentando el volumen de las carcajadas.

Fueron unos instantes incontrolables, pero relajantes. Rosario vio cómo había cambiado el semblante de Carmen; un color rosado había aparecido en sus mejillas. Ahora sería un poco más fácil disimular delante de Carlos y José.

Carmen, más tranquila, se levantó a besar a su marido, que permanecía en el quicio de la puerta del salón.

-Espero que Ismael no se parezca al abuelo y no haga tantas travesuras -le dijo Rosario entre risas.

-Querrás decir que esperas que no sea tan patoso como su abuelo -le dijo Carlos retirándose para que pasara José, que se dirigía al baño, encogido todavía por la risa y con aspecto de minero recién salido del pozo.

-¡Hola hijo! -le saludó Rosario, cogiendo las barras de pan que llevaba en los brazos-. ¡Sentaos a comer! Yo partiré el pan y serviré a Carmen. ¡Soy tu suegra! y hoy voy a ejercer como tal -le dijo, guiñándole un ojo.

Carmen, sin contestar, se dirigió de prisa al otro baño, pensativa y preocupada por esos dolores. La cantidad de líquido que estaba eliminando era alarmante. Los dolores eran cada vez más agudos. Se sujetó la tripa con una mano para poder incorporarse del inodoro e inmediatamente tuvo que girarse para volver a vomitar. Limpió el cuarto de baño. Se aseó. Se pellizó las mejillas para intentar que cambiaran de color y salió.

Un ligero esbozo de sonrisa se dibujó en su cara al oír la voz de su marido, que charlaba animosamente con su padre. Se fue a la cocina. Cerró la puerta y empezó a contárselo a Rosario. Tenía que decírselo a alguien.

-Rosario, esta mañana te dije que no me encontraba bien, que iríamos al médico esta tarde, pero no te conté que mi embarazo no va bien. Tengo miedo. Hoy me encuentro bastante mal, tan débil que no tengo ganas de nada. Rosario, no sé cómo hacerlo,

no sé por dónde empezar. Lo que sí sé es que te va a doler tanto como a mí. El niño —se detuvo para tragar saliva— viene mal, me lo han confirmado varios especialistas. Tiene alguna malformación —le dijo arqueando las comisuras de sus labios y frunciendo el entrecejo para contener el llanto. Todos me recomendaron abortar y yo me negué. No quise involucraros. No quise hacer a Carlos partícipe y responsable de una decisión que yo ya había tomado sin dudar lo más mínimo. Por eso os lo oculté. Y también tomé esa determinación porque me aseguraron que no nacería vivo. Quise regalar a mi pequeño esos meses de vida y ser su cuna para su efímera existencia. Como el sufrimiento es largo y te aseguro que muy, muy doloroso, quise evitároslo a los que de verdad quiero. Pensaba decíroslo cuando llegara el momento y poco a poco ir preparando a Carlos —dijo tocándose cariñosamente la tripa. Estoy asustada. Tengo mucho miedo.

- ¡Dios mío! Y lo has soportado tu sola... todo este tiempo —le dijo Rosario, intentando reaccionar y, tras secarse las manos con el paño de cocina, la estrechó entre sus brazos.

A Rosario cada vez le gustaba menos el aspecto de Carmen, sobre todo esa fiebre constante que le dijo que tenía desde hacía varios días.

-Vamos, te ayudaré a llevar la comida a la mesa —dijo Carmen, intentando sacar fuerzas de donde no las había.



Ya está todo en la mesa, salvo esta cazuela que llevo en las manos -le dijo Rosario- ¿Por qué no te acuestas un poco y descansas mientras nosotros comemos? Si no puedes comer, debe ser aburrido sentarte a la mesa y ver a los demás como disfrutaban con esta succulenta comida que has preparado.

-Sí, lo haré. Me vendrá bien descansar, aunque no duerma. Tengo las piernas muy cansadas.

-¡Vete! sin decir nada. Le diré a Carlos que he sido yo quién te ha obligado a acostarte.

Se tumbó en la cama sintiendo su cuerpo cada vez más pesado; era como si no pudiera controlarlo. Intentó relajarse y pensar que su preocupación era exagerada y que se estaba descontrolando. Pensó en su amiga Teresa, hacía poco tiempo que la conocía, la echaba de menos, le transmitía una calma que por sí misma no podía hallar. Escuchaba sus lamentos y compartía su dolor. Se acordaba constantemente de ella y no la invitaba más a menudo a su casa porque sabía que a su marido no le caía bien. Ahora la necesitaba, pero tampoco le pareció prudente llamarla estando su suegra, sería hacerla de menos y, la verdad, no se lo merecía en absoluto.

A las cuatro y media Rosario fue a la habitación. Desde la puerta se dio cuenta de que Carmen estaba dormida. Se acercó sigilosamente a la cama y se



quedó observando aquella boca de color rosa pálido, medio abierta, que sin hacer el más mínimo movimiento espiraba de forma convulsa, rápida, entrecortada y sonora....

-¡Hola! -dijo Carmen abriendo los ojos y des-perezándose- ¡Qué bien me ha sentado esta siesta! ¡Estoy como nueva! Voy a ducharme y nos vamos al médico.

Apenas acabó la frase cuando al incorporarse sintió un mareo que le hizo volver a tumbarse.

-¡Tranquila! ¡Descansa! -le dijo Rosario, advirti-  
tiendo el desvanecimiento- No debes incorporarte tan bruscamente. No tenemos prisa. Descansa un poco más.

-Ya estoy mejor. Ha sido sólo un momento. Tienes razón; “Me he incorporado demasiado deprisa”, pero ahora estoy bien, puedo levantarme perfectamente. No te preocupes tanto, “abuelita” -le dijo, pellizcándole cariñosamente la mejilla.

Mientras Rosario fue a la cocina, Carmen se quedó mirando por la ventana. Aquellas maravillosas vistas ya no tenían el mismo encanto; los árboles habían perdido el brillo de su verdor; los tejados eran un amasijo de tejas color tierra, no esas hileras rojas tan bien colocadas que le encantaba mirar. Hoy no había pájaros y la cigüeña del campanario -¡qué ironía!-, quieta y rígida, parecía sin vida. Todo estaba desenfocado y se empezaba a mezclar. La luz blanca

del sol empezó –para ella- a descomponerse en sus siete colores que giraban y giraban y giraban...

–¡Carmen! ¡Carmen! –gritó Carlos, y corriendo hacia ella, consiguió llegar antes de que se golpeará en el suelo. ¡Carmen! ¡Carmen! ¿Qué te pasa? ¡Contéstame, por favor!

No hubo contestación. Había perdido el conocimiento. Carlos, cogiéndola en brazos, la tendió encima de la cama intentando reanimarla sin obtener respuesta alguna a sus súplicas.

Rosario, que había acudido alarmada al oír los gritos de su hijo, se dirigió al teléfono y llamó a una ambulancia.

Quería decirles algo, pero no tenía fuerza. Sus brazos colgaban desplomados a lo largo del cuerpo inerte, su rostro teñido de un color cetrino cada vez más intenso. Poco a poco empezó a moverse y de su boca salieron leves gemidos, balbuceaba palabras ininteligibles afortunadamente para Carlos, ya que el nombre que brotaba sin fuerza de sus labios no era el suyo sino el de Teresa, aquella amiga de Carmen que se había convertido, en los últimos meses, en su más enconado rival, desplazándole a él a un segundo plano. Carmen sólo veía por sus ojos; Teresa era su modelo a imitar, su musa. A Carlos le llegó a resultar insoportable la continua necesidad que Carmen tenía de su presencia.

José paseaba nervioso de un lado a otro de la habitación. Carlos acariciaba y besaba a su mujer, inten-

tando que la fuerza de su amor pusiera en funcionamiento su cuerpo y Rosario, desde la silla, observaba la escena con los ojos muy abiertos, desorbitados, y que más que mirar a su querida nuera, parecían estar contemplando a la mismísima muerte. Fueron unos minutos interminables hasta que apareció la ambulancia.

Dos camilleros la cogieron, no sin antes cruzar sus miradas. Carlos y sus padres salieron tras ellos. Quince minutos separaban la casa del hospital, pero aquel trayecto fue atemporal envuelto en un arco iris de colores, colores fuertes y ardientes, enloquecedores, destacando el rojo sobre todos ellos, que brotaba de pronto como un trueno acompañado del ruido ensordecedor de la sirena.

Al llegar al hospital, estaban esperándoles. Rápidamente, abrieron el portón de la ambulancia y sacaron la camilla donde yacía Carmen. Al instante se la llevaron; los sonidos, los colores, el rojo, los ruidos, los gritos, las prisas... el personal sanitario formó una nube blanca que envolvió el cuerpo de Carmen. Unos mandaban, otros obedecían, mientras uno le tomaba el pulso, otro le colocaba un suero, otro empujaba la camilla hacía el edificio... Carlos, petrificado, observaba el angustioso espectáculo. Miraba a la ambulancia, percibiendo el gran cambio; de ser una atracción de feria había pasado a convertirse en una gran caja de chapa blanca. Ese hecho material tan insignificante le mostró la fugacidad de la existencia y la impotencia ante la ruleta de la vida.

Todos entraron en el edificio de hormigón; allí no existían los colores; el bullicio del exterior se desvaneció al cruzar el umbral de esa puerta; Las paredes, las puertas, las batas de los trabajadores, los camilleros... todo era blanco. Carlos pensó que no debería llamarse blanco a este color, no era el mismo que él conocía como símbolo de pureza, de belleza, aquí era gris, no significaba nada... Se preguntaba, asustado, por qué iban tan deprisa, mientras seguía por los pasillos a la camilla.

De pronto todo se paró, el ruido de las ruedas de la camilla, los pasos, las voces... un silencio aterrador invadió el recinto, tras enmudecer el leve chirriar de las dos hojas gigantescas de la puerta del quirófano, que se abrieron para dar paso y ocultar al mismo tiempo la nube blanca que Carlos y sus padres iban siguiendo desde hacía un rato.

Rosario, alarmada ante la gravedad, intentó prevenir a su hijo.

-Esta mañana vi muy mal a tu mujer -le dijo, queriendo advertirle pero sin atreverse a contarle todo lo que sabía- y ella me confesó que no se encontraba bien desde hacía algunos días y que tenía fiebre constantemente.

-Pero ¿por qué no me lo dijo?

-Sabes que te quiere con locura y jamás te preocuparía. Esta tarde íbamos a ir las dos al médico. Las cosas vienen así. Sin esperarlas.

Rosario cogió las manos de su hijo. Dos manos inquietas, frías, despidiendo un sudor helado, que cristalizaban y quebraban el corazón. Los dos temían lo peor. Sabían qué iba a ocurrir y, sin embargo, no podían hacer nada.

En la cercana sala de espera, a Carlos se le entremezclaban la necesidad de estar con ella, de abrazarla, de estrecharla, de besarla y la impotencia y el vacío de no poder hacerlo. Los segundos eran, en su ansiedad, horas. Horas que pasaban lentas, muy lentas.

De pronto, unos gritos que procedían del quirófano le devolvieron a la realidad.

-Dios mío, ¿qué ocurre? ¡Mamá...!

No hubo respuesta. Tan sólo un fuerte apretón de las manos que tantas veces le habían acogido. Y Carlos sintió que esas manos volvían a ser el cordón umbilical y, como un niño, rompió a llorar buscando el amparo y el calor del cuerpo de su madre.

-Llora, hijo mío, llora -le dijo ésta mientras, como tantas otras veces, le acariciaba el pelo.

Pero cuando las yemas de sus dedos sintieron la diferente textura de aquel rosetón que su hijo tenía en el cuello, Rosario revivió otro momento. Y otro momento igual de intenso e igual de terrible: la muerte de su madre. De nuevo volvió a sentir lo que sintió en aquellos instantes. También aquella vez un hombre con el mismo dolor, el mismo llanto y la misma mancha en el cuello buscó el imposible refugio de

MINI COPIA DE TIL  
sus brazos. Ahora era su hijo; entonces fue su padre.

Y ahora, como entonces, aquella mujer volvió a ahogar su propio llanto para que el hombre al que ella había dado la vida encontrara también sereno y calmo el cobijo que buscaba.

Mientras, en el quirófano, vivían momentos angustiosos. Luchaban para salvarla. El sudor intentaba velar los ojos del cirujano. Un enfermero le secaba, otro miraba fijamente las pantallas intentando transmitir fuerza para que el espectro del encefalograma no se parara. Uno de los médicos, cuyo rostro dejaba patente el sufrimiento, se quitó los guantes y sin hacer ningún comentario al respecto, se dirigió a la parte superior de la camilla y comenzó a acariciar el rostro de Carmen mientras emitía frases tranquilizadoras, intentando acompañarle en su gran partida.

Tenía una gran infección extendida por todo el cuerpo, era humanamente imposible salvarla. No por ello dejaron de luchar hasta el final. Pero éste llegó enseguida.

Carmen se fue. Se fue dulcemente, como dulce había sido su vida. Su gran atractivo interior sobrevivió, dejando cortésmente que fuera la muerte la que pasara primero. Una leve inclinación de su frágil cuello, de aquella estrecha prolongación de un cuerpo



tan delicado fue la señal que indicó el paso definitivo del sueño terrenal al sueño eterno. Pero ahora tenían que sobreponerse, había que salvar al niño.

El Doctor Martínez, con decisión, abrió el vientre de Carmen, de arriba abajo, siguiendo la línea alba. Dejó al descubierto el seno materno y extrajo al bebé del vientre de aquella mujer que le cambió la vida por la suya.

Todos vieron en su rostro que algo no andaba bien. Estaban acostumbrados a recibir la desgracia acompañada con más dolor. En el quirófano, frecuentemente, la vida, les mostraba, sin tapujos, su ensañamiento.

Hacía tiempo que el reloj parecía haberse parado en la sala de espera y se había encargado de lanzar las miradas de Carlos y de sus padres al vacío.

El doctor, tras lavarse las manos como un autó-mata, salió con la cabeza baja del quirófano, levantó la mirada lentamente y clavó sus ojos en Carlos; unos ojos cansados, tristes y tan profundos que no necesitaron palabras, para expresar el dolor de la muerte.

Carlos lanzó un alarido sobrehumano y cayó al suelo.

Cuando despertó, estaba en una camilla, le habían administrado calmantes y se encontraba más tranquilo. Rosario le dijo que habían salvado al niño. Tenía que sacar fuerzas. Su hijo vivía y le necesitaba.

Carlos no contestó. Miró a su madre y volvió a cerrar los ojos.

Rosario no tenía palabras de consuelo, su corazón también se había roto. Hubiera deseado haber muerto ella y no castigar a su hijo y a su nieto a vivir sin Carmen. En estos momentos admiraba a los que tenían una fe ciega en la religión y acataban, con resignación, la voluntad de Dios. Pero sólo era capaz de darse cuenta de que, cuánto más duras son las pruebas, la injusticia suele ser más evidente.

El nudo que tenía en la garganta desde hacía varias horas le estaba ahogando. Tuvo que salir de la habitación. Fue a una sala contigua que se hallaba vacía y allí, rompió a llorar desconsoladamente.

Lloró y lloró hasta que un sopor se apoderó de ella; llevaba mucho tiempo sin dormir y ahora por fin se había relajado. Se sumió en un sueño ligero y corto, pero suficiente para recobrar fuerzas y volver junto a su hijo. No se podía hundir ella también. José, sentado en un sillón, lloraba, silenciosamente, desde un rincón de la habitación, no había cambiado de posición desde hacía varias horas.

Cuando regresó al cuarto, vio al Doctor Martínez que estaba hablando con Carlos. Le explicaba el porqué de esa incontrolable infección....,

-Quizá debida a una salmonelosis, pero el gran problema residió en unos divertículos que Carmen tenía y al perforarse el intestino grueso por culpa de los divertículos pasó la materia que contenía el intestino hacia fuera, al peritoneo y a la sangre y desde allí se difundió al resto del organismo. Es una infección generalizada que se conoce como una sepsis. Se desencadenó tan rápidamente, que ha sido imposible frenarla. A pesar de poner todos los cuidados médicos y humanos que estaban a nuestro alcance –añadió-, no pudimos evitarlo.

Con delicadeza y con gran profesionalidad, el doctor intentó hacerle ver lo importante que él era para el bebé. Ese pequeño no tenía a su madre y dependía de él. No podía abandonarlo.

-Estás atravesando momentos muy duros, durísimos -le dijo-, pero tienes que olvidarte de ti y pensar que, ahora, el que más sufre es tu hijo, el que verdaderamente se encuentra solo y necesita tu cariño.

El doctor intentó -como buen psicólogo- tocarle el punto débil y evitar que cayera en una fuerte depresión.

-No te dejes llevar por tus sentimientos –insistió-, ni te abandones a tu dolor. No te derrumbes y lucha. El dolor que hoy te parece insoportable, poco a poco cederá.

Con gran cuidado abordó el tema del niño, intentando suavizar un problema nuevo: el bebé su-

frió mucho en el parto —le dijo—, necesita cuidados especiales, su cerebro se encuentra dañado, pero de momento, no podemos diagnosticar en qué medida... Carlos oía y oía y oía sus palabras que caían y le calaban como las mareas. Nada podía hacer para protegerse. Nada podía hacer para no ahogarse.

Esa noche Carlos permaneció allí, bajo control médico. A la mañana siguiente salió de aquel edificio que jamás volvió a ver blanco; el gris iba apoderándose y tiñendo las paredes a medida que iba avanzando por el recinto. Cuando por fin logró divisar la puerta de salida, sintió una especie de claustrofobia que le impedía alcanzarla, la sensación de lejanía era enorme. Al lograr atravesarla, una bofetada de viento frío le devolvió al presente.

Llevó a sus padres a casa a descansar y les rogó que le dejaran solo. Lo necesitaba. Luego cogió un autobús que le llevó a la playa.

Caminaba lentamente por la orilla del mar, dejando que el agua bañara sus pies. Fue a buscar paz, pero la búsqueda fue en vano. Pretendía buscar un recuerdo, pero el recuerdo lo borraban las olas.

A medida que sus pies avanzaban apenas dejaban surco, pues sus huellas como su vida no calaban ni en la arena y aún con eso el mar se encargaba de borrar la suave silueta del contorno de sus pies, destruyendo toda evidencia de su existencia.

La belleza tan buscada resultó ridícula. El acompañado ir y venir de las olas, tan monótono, siempre buscando alcanzar sus pies en tarea baldía le parecía absurdo. La tranquilidad de la inmensidad de las aguas, que tantas veces había traído paz a su espíritu, ahora le angustiaba... quietud... profundidad... abismo... sin salida... Allí vio que todo en él era una gran equivocación, hasta la vida se había confundido de cuerpo dando, insistentemente, soplo al que no lo quería.